

MUJERES DE MÁGINA: REPÚBLICA Y GUERRA CIVIL

Carmen Rueda Parras

RESUMEN

Las mujeres republicanas de Jaén y en general de toda España, como mujeres, fueron doblemente perdedoras y sufrieron una doble represión, la que se ejercieron los vencedores hacia los vencidos y la que como mujeres les fue añadida. Como vencidas sufrieron vejaciones de todo tipo, algunas de ellas como la muerte, los encarcelamientos, el destierro o el exilio por sus actuaciones o por haberlas realizado su esposo, padre, o algún familiar cercano.

La finalidad de este trabajo es la de contribuir en la construcción de la memoria histórica y colectiva aportando testimonios de mujeres republicanas de la comarca de Sierra Mágina; las experiencias vividas durante los años de guerra y durante la represión franquista; recuperar sus historias de vida, ya que hasta el momento aún no han tenido ocasión de poder hacer visibles sus vivencias y la percepción personal de esa realidad, reconociendo y valorando todo aquello que les sucedió.

SUMMARY

The Republican women of Jaén and generally in all Spain, like women, were doubly losers and they suffered one double repression, the one that was exerted by the winners towards the won ones, and those that as women were added to them. As won women they suffered humiliations of all type like death, the imprisonments, the exile by their acts or the acts that made their husband, father or some near relative.

The purpose of this work is to contribute in the construction of the historical and collective memory showing testimonies of republican women of the region of Sierra Mágina; the experiences lived during the years of the war and the Franco repression. To recover their histories of life since until the moment they haven't had occasion to be able to do visible them and the personal perception of that reality, recognizing and valuing everything that happened to them.

1. INTRODUCCIÓN.

La lucha, la represión, el encarcelamiento o el exilio en ocasiones, por un lado; el silencio, la invisibilidad, el olvido, ser madres y esposas en una sociedad patriarcal, autoritaria y masculina, son algunas de las constates que han conformado la identidad de las «*mujeres españolas que vivieron durante la guerra civil*».

Aportar los testimonios de mujeres republicanas, sus vivencias durante esos años, sus historias de vida, ya que hasta el momento aún no han tenido ocasión de poder hacer visibles sus vivencias y su percepción de esa realidad, reconociendo y valorando todo aquello que les sucedió, es la finalidad de este trabajo.

Recoger e incorporar esta información, a través de documentos y testimonios orales de mujeres que vivieron estos acontecimientos, contribuirá sin duda, a enriquecer y completar parte de los vacíos que aún nos quedan por llenar para poder ofrecer una visión integral del proceso histórico de estos años que tan profundamente marcaron la vida de las mujeres tanto individual como colectivamente.

«La guerra y la posguerra era un cuento de hadas en boca de los vencedores y las torturas y asesinatos del fascismo se traducían en un relato heroico donde se apuñalaba sin pudor de ninguna clase los valores que encarnaba la República y el recuerdo de quienes la defendieron (...)Una vez más se cumplía el veredicto: lo que no se cuenta es como si no hubiera existido»(R. Montero,2004, pág.8).

La pretensión del estudio es más amplia, en cuanto al contexto, que la que se recoge en este trabajo, los testimonios de las mujeres de Mágina, ya que abarca toda la provincia de Jaén; trata de contribuir y acrecentar el conocimiento de la historia de las mujeres, de unas mujeres que particularmente y de forma especial por su ideología o la de sus familiares sufrieron algún tipo de represalia durante el franquismo..

Escuchar y recoger sus vivencias, el testimonio de cada una de ellas, militantes o amas de casa, esposas, madres, hijas, hermanas, etc, contribuirá sin duda, a enriquecer y completar parte de los vacíos que aún nos quedan por llenar para poder ofrecer una visión integral del proceso histórico de estos años que tan profundamente marcaron la vida de las mujeres tanto individual como colectivamente.

Son mujeres anónimas, algunas amas de casa, otras militantes en algún partido político, o también, alguna de ellas sindicalista; tienen en común, ser mujeres de Mágina que vivieron en un contexto histórico y territorial muy similar, que durante años han sido «las olvidadas» de la historia.

Algunas de ellas, «las excepciones», alcanzaron un reconocimiento y fueron valoradas en su tiempo; el mayor número de ellas han permanecido escondidas detrás de los nombres de sus padres, maridos, o hermanos, pero tanto unas como otras, en su mayor parte, han llegado a ser olvidadas por la historia. Fueron condenadas a la negación, a la desmemoria, incluso las más exitosas rápidamente desaparecieron pasando a ocupar un lugar de silencio y de inexistencia.

Sometidas a la reclusión y a la ignorancia desde su nacimiento, educadas para ser obedientes, discretas, modestas, silenciosas, avanzando día a día en me-

dio de hostilidad o la indiferencia, carentes de confianza en si mismas para salir de este círculo pero al mismo tiempo luchadoras, valientes y firmes ante la infinidad de adversidades a las que tuvieron que hacer frente a lo largo de su vida.

Me he sentido en todo momento inducida y al tiempo acompañada por el trabajo de otras investigadoras y también investigadores, que desde hace unos años han comenzado a trabajar sobre el tema y vienen realizando desde hace unos un gran esfuerzo por sacar a la luz la vida de muchas mujeres que permanecían ocultas. Aún, reconociendo el gran número de investigaciones que se están realizando en los últimos años, debemos reconocer que en general aún quedan muchas mujeres silenciadas y ocultas que deben salir a la luz y a las que debemos cuando menos expresar nuestro agradecimiento por su valor y su libertad.

MUJERES REPUBLICANAS DE MÁGIMA

Al principio de la guerra, igual que en otras provincias, algunas mujeres republicanas unidas con el resto de la familia, se prepararon para resistir y marcharon al frente con los hombres, pero muy raramente; los testimonios recogidos lo confirman, tuvieron papeles activos en la lucha porque también los hombres republicanos tenían arraigados los ancestrales prejuicios sexistas y más aún en una provincia eminentemente rural en la que las creencias religiosas y la sociedad fuertemente clasista ejercía su poder aún si cabe mayor que en otras zonas sobre la sociedad. Sus trabajos básicamente fueron de intendencia.

El grupo más numeroso de mujeres lo formaban aquellas que no marcharon al frente y junto con los niños y ancianos tuvieron como objetivo luchar por la supervivencia de ella y de los suyos día a día como meta.

Fueron las víctimas de los bombardeos que se realizaron en los núcleos urbanos aunque en zonas distintas de la provincia ya que en la capital cuando la intensidad de los mismos se acrecentó fue durante los últimos días de la lucha, cuando se acercaba la rendición.

La pérdida de los hogares las hizo verse en la calle, la falta de alimentos soportar largas e interminables filas de racionamiento, huir con los hijos y ancianos en cuanto se escuchaba la sirena hacia el refugio más inmediato, y son ellas quienes tienen que seguir adelante día tras día porque los hombres siguen en el frente.

En el campo la lucha era otra, quizás los alimentos no fueron tan escasos ni los bombardeos tan frecuentes pero tuvieron que ocuparse de todas las labores que el campo precisaba para poder seguir subsistiendo. Conocía estas tareas, las había realizado anteriormente aunque probablemente no todas ellas, porque antes las hacía junto con el hombre, ambos trabajaban la tierra. Ahora era ella, con sus

hijos menores quienes debían realizarlas todas: arado, siembra, recogida, etc.; a todos sus trabajos debemos añadir los que diariamente realizaba y casi siempre se olvidan porque no se considera ni aún hoy día como «trabajo»: los cuidados de la casa, comida, ropa, cuidado de niños y ancianos, etc.

Todas las imágenes de estos años deberán guardarlas en su pensamiento, en sus mentes para toda la vida, porque nada más finalizar la guerra, la ideología de los vencedores era muy distinta a sus aspiraciones; Dios, Patria y Caudillo serán las tres únicas ideas en torno a las que debía girar la vida. El fin de la guerra acabó definitivamente con el ideal emancipador de las mujeres y la represión a la que fueron sometidas, durante años, con todas sus esperanzas e ilusiones de vida.

De todos los documentos consultados del total de víctimas de la represión franquista y durante la guerra, el número de mujeres es muy reducido en relación con el número de hombres pero aún así fue más numeroso de lo que frecuentemente pueda pensarse.

Entre los expedientes de responsabilidades políticas que se conservan en el Archivo Histórico de Jaén, son mujeres de Máгина los siguientes datos:

Bedmar.....13
 Cabra.....43
 Cambil.....1
 Campillo.....8
 Carchelejo...1
 Huelma.....7
 Jimena.....2
 Jódar.....15
 M.Real.....10
 Pegalajar.....2
 Torres..... 9

De la relación de víctimas recogidas por Santiago de Córdoba(2006) en su reciente publicación «Todos los nombres de Jaén (1936-1952)» los que corresponden a mujeres de Sierra Máгина son:

Nombre	Fecha de la muerte	Edad	Natural de
Aranda Hernández, Magdalena	20/08/1944	36	Bélmez
Herrera Mata, María Josefa	28/11/1941	59	Bedmar
López Adán, Isabel Juana	05/06/1940	62	Bedmar
Marín Lorite, Francisca	30/09/1940	48	Jimena

Nombre	Fecha de la muerte	Edad	Natural de
Morales Mendoza, Juana María	12/11/1940	27	Cabra de Sto.Cristo
Murillo Torralba, Isidora	26/05/1940	0,4	Cabra de Sto.Cristo
Torralba Belmonte, María	27/07/1944	24	Cabra de Sto.Cristo

Magdalena Aranda Hernández y María Torralba fueron ejecutadas y las demás, murieron a consecuencia de sufrir enfermedades por condiciones carcelarias y torturas.

Han sido seis las mujeres entrevistadas que pertenecen a la comarca de Sierra Mágina hasta el momento, ya que este estudio continúa abierto para recoger nuevas aportaciones mientras haya en Jaén una mujer republicana que quiera poner voz a sus vivencias, que quiera relatar su historia de vida.

Los testimonios recogidos son muy diferentes y quieren ofrecer una panorámica que comprenda, a modo de ejemplo, gran parte de las posibles vivencias de las mujeres que debido a su ideología progresista estuvieron durante años marcadas por el silencio:

- Francisca López de Bedmar, su novio estuvo encarcelado durante cinco años, ella no sufrió directamente ningún tipo de represalia.
- Trinidad, de Huelma, la militancia comunista de su marido les acreó durante años grandes carencias económicas y padecieron hambre hasta muy recientemente.
- Antonia y Ana Serrano, de Carchelejo, dos hermanas cuyo padre fue alcalde socialista en esta localidad. Murió en la cárcel y aunque sobre la familia no se ejerció directamente ningún tipo de represión, su muerte supuso para la familia el tener que luchar para sobrevivir trabajando toda la familia sobre todo durante los primeros años de postguerra.
- Juana Arias de Huelma, en realidad ella no padeció este tipo de problemas pero conoce situaciones y acontecimientos que sucedieron en su entorno.
- Isabel Burgos, es la historia de vida que de forma más detallada incluimos ya que ella si vivió un amplio bagaje de situaciones y experiencias. Su padre fue fusilado pero sus consecuencias las vivió durante toda su vida y aún conserva todos los hechos en su memoria con gran número de detalles y rigurosidad.

FRANCISCA LÓPEZ

Nació en Bedmar en 1929, es hija de Ramón López y Rogelia Torres. Su padre era de Linares y su madre de Torreperojil. Ramón fue cartero en un principio en Bedmar pero según nos cuenta Francisca, Paquita, el jefe de correos ante la situación en que se encontraba la familia le propuso que pasase a ocupar una plaza vacante que había en Beas de Segura, «ya que en Bedmar no existía estafeta».

Paquita tenía seis hermanos y su madre murió durante la guerra de pulmonía quedando la familia en una situación económica bastante difícil: «El jefe de correos de Jódar, Arroquia, que era muy buena gente colocó a mis hermanos y como a mi me gustaba coser me dijo que no me preocupase que sería sastra, y a Beas no fuimos tres años hasta que mi padre ya colocó fijo en Bedmar porque si no nos íbamos a mi padre no le quedaba paga».

Desde muy pequeña conocía al que fue su marido, Diego Fernández, «ya en el colegio nos dábamos la mano» y se casaron en 1946 cuando Diego regresó a Bedmar después de estar en distintas cárceles por el norte de España:

«Él de siempre era socialista y no hizo nunca daño a nadie durante la guerra pero le denunció uno del pueblo a él y a otros cinco compañeros. Hasta que salió el juicio estuvo detenido en la cárcel de Jaén y le condenaron a veinte años y un día, -el día podía ser toda su vida-, pero en realidad estuvo cinco años porque mi suegro buscó avales para que le soltaran; primero se lo llevaron a Oviedo, después a León y creo que también a Burgos, bueno por muchos sitios, yo que se, pasó mucho y yo que ya estaba novia también de ver como estaba aunque no podía ni escribirme porque solamente podían hacerlo a las madres y a las mujeres. Él, para poder mandarme una postal con tres líneas decía «querida esposa» siempre».

Paquita y Diego han tenido dos hijas y un hijo. Han trabajado en una panadería de la que son propietarios durante toda su vida hasta su jubilación. Diego ha muerto y Paquita continúa viviendo en la misma casa con una de sus hijas.

TRINIDAD

Nació en Huelma en 1919. Su salud es muy delicada en la actualidad por lo que su relato aunque de gran interés se limita a unos breves momentos que compartimos junto a su marido, Antonio, que incluso completó alguno de los datos que Trini no recordaba.

Nació en Higuera de Calatrava y a los diecisiete años se fue con su marido, que tenía dieciocho, y «al poco tiempo de irme con él se lo llevaron al frente. El estaba cerca de Arjona y yo me quedé por Torredonjimeno para estar más cerca y poder vernos alguna vez».

Antonio es militante comunista y permaneció en el frente hasta que finalizó la guerra: «Lo primero que hice cuando nos dijeron que se había terminado la guerra fue tirar el fusil». Estuvo en distintos campos de concentración y según dice Trini, «hablé con el mismo alcalde para que firmase como aval y pudiese salir del campo de concentración».

Aunque eran conocidos en Huelma, desde el principio pasaron «hambre» porque su situación familiar era bastante delicada. Tuvieron ocho hijos y «nada de dinero» sobre todo en los primeros años de postguerra:

«El pan era de algarrobo. El día que acabó la guerra nos dieron un pan, luego una ración para cada uno, que era nada. Mi hijo de tres años murió de eso, de hambre. Me decía que quería más pan y una noche yo le fui a dar el mío, que siempre le guardaba para él y no lo quiso. Lo acosté junto a los otros dos hermanos, porque todos dormíamos casi juntos y ya de madrugada yo los levantaba a orinar aunque estaba casi dormidos. Al tocarlo, como no teníamos luz, no se movía y es que se había muerto. No teníamos nada que comer, ahora es cuando estamos mejor, pero mira ahora no me encuentro bien».

Aunque ella no estuvo en la cárcel, un vecino estuvo a punto de denunciarla, «era un vecino falangista que le dije pistolero y me iba a denunciar, pero otro vecino le dijo, ¿tú sabes que vas a hacer?, con lo que su madre ha ayudado a tu familia siempre, en fin, que no hizo nada contra mi pero a otras del pueblo si que les hicieron. Una mujer que por hambre robó un pan la raparon y la pasearon por todo el pueblo con un cartel colgado que decía, ladrona».

ANTONIA Y ANA SERRANO

Son dos hermanas de distintas edades, y con una visión algo diferente la una de la otras porque dentro de la familia, Ana era de las mayores, nació en 1929, y Antonia era la menor, nació en 1934.

He creído interesante poder contar con las aportaciones que ambas han proporcionado cada una en momentos distintos y con unas experiencias de vida en ocasiones diferentes y en otros momentos vividos similares.

Nacieron en Carhelejo, su padres fueron Angeles y Cristóbal; eran cinco hermanas y dos hermanos, Saturnino y Juan.

Ninguna de las dos militó en ningún partido político pero siempre se identificaron con una ideología de izquierdas ya que su padre si que era republicano socialista y durante los años de guerra el fue alcalde de este municipio.

No era creyente, ni ninguno de los hijos varones; las mujeres al finalizar la guerra mantuvieron la línea catolicista implantada por el franquismo pero no ocu-

rió con los hermanos varones que nunca se han definido como creyentes ni han mantenido relaciones de ningún tipo con las creencias y rituales propios del catolicismo.

Cristóbal era zapatero pero como indica Antonia *«no era zapatero remendón sino que hacía zapatos, los llevaba a las ferias, los hacía por encargo, podía haber sido algo importante sino llega a ser por la guerra. Nada más terminar lo detuvieron y estuvo en la cárcel hasta que ingresó en el hospital por enfermedad hasta su muerte a consecuencia de la misma»*.

Angeles, su madre no militó en ningún partido ni asociación política pero vio igualmente cambiada su vida desde el momento de la muerte de su marido. Los primeros años de vida coincidieron con estos momentos familiares que forman parte de sus experiencias de vida que han marcado los años de después necesariamente.

Antonia recuerda a su padre «como una persona seria, fiel, muy trabajadora, querido por la vecindad y por todos»

A su madre como alguien que nunca fue capaz de pedir nada por mucha necesidad que tuviese, ella era capaz de buscar la manera de seguir adelante pero nunca a cambio de mendigar o pedir una limosna *«como te digo yo ella decía esto tengo pues esto es lo que hay. Si no tenía más que para unas patatas, pues eso es lo que había. Después de morir mi padre la familia de mi padre les dio un cuadro de campo y le dijeron aquí siembra lo que de, ajos, cebollas y de vez en cuando traían una carga de algo; por eso no hemos pasado tanto pero con todo y con eso, que difícil fue sobre todo para mi madre seguir con todos nosotros y sin mi padre»*.

Al ser de las hijas pequeñas gozó de algunos privilegios dentro de las penurias que pasó toda la familia, ella dice que no le gustaba comer sin pan pero que no se daba cuenta lo que significaba pedir más comida:

«Mi madre me daba su trozo de pan y decía ya no hay más pan, yo no me daba cuenta de todo eso. Se dedicaba a coser y a cuidarnos que bastante era. En aquella época había piojos y mi madre para limpiarnos y que no tuviésemos nos ponía detrás del cuello «frix» de matar las moscas. A mi no se si tenía alergia porque me salió una pupa, a mi hermana no le pasaba nada pero eso tenía que ser algo muy fuerte porque a mi si que se me quedaba una señal».

La abuela también contribuyó con su ayuda a mitigar estos años difíciles. Amasaba pan y les mandaba, también era «aparadora», hacía las costuras y pespuntos a los zapatos.

De los dos hermanos Juan plantaba pinos y cuidaba en el monte y Saturnino cuidaba rebaños de cabras:

«Mis hermanos trabajaron mucho para que saliésemos adelante y mi tío soltero, nos ayudó porque el pobre todo el dinero que juntaba era para pagar que no le hicieran nada a su hermano que había hecho una trastá en guerra, o el mató a alguien de derechas o estuvo delante cuando lo mataron y lo vio, pero el caso que era pagar y pagar para que no lo mataran».

Hay un hecho que guarda en su memoria como lo más importante de su infancia, antes de acabar la guerra, estaba sentada la familia en torno al fuego, uno de los hermanos estaba jugando y merendando, empezando a pelearse con su hermano. Su padre se levantó para regañarle o darle un azote. En este momento Antonia se encontraba bailando y haciendo sus «monerías» de niña pequeña encima de la mesa, intentó imitar a su padre e hizo como que iba también a pegar a su hermano con tan mala suerte que cayó de la mesa quedando su brazo derecho cogido entre su madre que estaba también allí sentada y la silla, desde entonces quedó inutilizado para siempre. Este hecho ha ido marcando fuertemente la vida de Antonia:

«Mi padre desde la cárcel preguntaba por mi y se culpaba de lo que me había pasado, que lastima de mi niña que le habrá pasado en el brazo. No lo tiene bien. Era tan bueno, aquellos zapatos que vendía por las ferias, a Valdepeñas, a Jaén. Mi madre se quedó sin nada, sin paga, sin nada aunque primero estaban mis tíos pero luego ya se fue sola».

No sufrieron represalias de otro tipo, su madre aprendió a callar y aceptó lo necesario de la familia y aunque padecieron grandes carencias no fueron intimidadas ni castigadas físicamente, ni su madre por haber sido su marido alcalde socialista ni tampoco ninguno de los hermanos o ellas:

«No nos pasó nada después de la guerra, ni a mi madre tampoco le hicieron nada. Ella venía andando todos los días desde Carchelejo con otras mujeres que venían también y le traía lo que podía y le traía también ropa limpia. A otras si las pelaron y les hicieron cosas pero a nosotras y a mis tías ni las pasearon ni nada a mi familia. A algunas si las metieron en la cárcel como a una prima de mi madre, Magdalena, a esa si la metieron y ahora ha muerto con noventa años».

Ana vino a Jaén muy pequeña para trabajar sirviendo y también se ocupó en la medida que pudo de enviar alimentos a la familia que quedaba en el pueblo.» Todos los días barría la puerta de la casa que estaba en la calle Maestra cerca de donde estaba entonces Sindicatos. Todas las mañanas la veían tan pequeña barrer y un día le preguntaron sobre algunos datos de su vida, así consiguió

que le hicieran otra cartilla de racionamiento para ella y nos podía mandar algo de vez en cuando».

Antonia vivía ya en Jaén cuando conoció al que fue su marido, Antonio Cobo Campillo que era de Baños de la Encina. «El votaba siempre a las derechas porque decía que viviría mejor».

Se casó en la calle los Almendros y en el mismo portal se festejó la boda «muy económica pero hubo hasta musiquillos y todo». Al poco tiempo de casarse él, comenzó a beber y gastar dinero y ya todo fue mal. Tuvo que trabajar para salir adelante con sus cuatro hijos. Se ha dedicado fundamentalmente a poner inyecciones todo el barrio y «arreglar los pies. Me están llamando hasta al campo me llevan. Ahora ya no hago nada de esto».

Actualmente vive en Jaén en la calle doctor Azpitarte, sus hijos trabajan y el marido murió hace seis años. Se encuentra bien y es ahora cuando cuenta los años como de los mejores.

JUANA ARIAS

Nació y ha vivido durante toda su vida en Huelma. Su vida transcurrió durante estos años en una panadería en esta localidad y durante los años de guerra fue testigo de hechos y situaciones que se vivieron, su marido, natural de Belmez, complementa algunos datos relativos al período de postguerra y a los años de represión.

Destacar de su relato algunos hechos que conoció muy de cerca «¡la necesidad y el hambre que algunas familias pasaron!; traían harinas para amasar de todas clases que olían muy mal, muy mal, ¡salía un olor del horno!, aquello no había quien se lo comiera. Cuando el pan estaba racionado toda la harina estaba contada, había que hacer lo que mandaban; en cambio cuando amasaban los que si tenían dinero la harina era blanca. Siempre que se podía mis padres ayudaban a toda la gente. Mi hermano durante años llevaba el pan a la finca «La Mata», a aquellas familias si que les ayudaba todo lo que podía, no solo con el pan y otros alimentos, que pasaban mucha hambre, sino también con leña que les llevaba». Cuenta que algunas mujeres que fueron represaliadas están ya muertas sobre todo recuerda a la mujer de uno de los detenidos y fusilados, «eran dos hermanos maquis, que les decían los «Chaparrillos. La guardia civil estaba detrás de los dos y vigilaba la cas porque se comentaba que se le había visto ir a ella por las noches. Le cercaron y consiguieron detenerle; el otro escapó al monte en una cueva y allí también lo cogieron algo después. La mujer de Tomás, el que cogieron en la casa, estuvo muchos años en la cárcel, su hermana se encargaba de llevarle todos los días la comida y de cuidar de su hijo que era pequeño».

ISABEL BURGOS POZO

Isabel nació en Torres el 31 de julio de 1923, hija de Manuel Burgos Fuente y María Pozo Lorite y con un único hermano, Cristóbal.

Isabel se casó con Alfonso Guzmán García natural de Cambil y vivió con él en «Las Escuelas»; no tuvieron hijos pero ella dice «tengo siete sobrinos/as a cual mejor». Allí siguió viviendo hasta que murió su marido y se vino a vivir con sus sobrinas.

Su padre, Alfonso, nació en 1894 y fue socialista desde 1919, desde que hizo el «servicio militar»; concejal en Torres durante la Primera República y alcalde en la Segunda; su madre nació en 1897 y «aunque mi padre no le dijo que se hiciera el carnet de socialista, ella quiso hacérselo. Mi hermano también era socialista y yo, aunque no me hice el carnet, como era pequeña, hasta que se murió Franco y llegó la Democracia».

Su madre votó ya en 1935; recuerda de 1931, aunque era pequeña, que el 1º de Mayo se festejaba en el pueblo, «se hacía una gran fiesta y mis padres dicen que entonces se vivía bien»

Fue al colegio hasta que empezó la guerra y su madre también sabía leer y escribir. Su padre quería que ella aprendiese y fuese al colegio, «cuando no estaba ya en la escuela mi padre pagaba a un maestro que me enseñara porque él quería que supiéramos».

Vivía en Torres hasta que acabó la guerra; en 1940 la llevaron con su abuelo paterno que vivía en Las Escuelas y estuvo cuatro meses «hasta que se pasara lo gordo. Ya estaba mi padre detenido. El quería que estuviese en el campo para que no viese nada».

Isabel quiere relatar algunos hechos de estos años que después fueron importantes en sus vidas:

«En 1933 hubo una huelga de campesinos y quisieron los de derechas meter en la cárcel a uno que le decían «Retamero» que era de Pegalajar y no lo encontraron porque lo habían escondido. A mi padre lo acusaron de esto y estuvo en la cárcel de Jaén 16 meses, pero la verdad es que lo detuvieron solamente por ser de izquierdas.

Mi abuelo pagó la fianza para poder sacarlo de la cárcel. El trabajaba con otros dos vendiendo aceite, pues como sería, que hasta después de matarlo tuvimos que seguir pagando el impuesto que había que pagar para poder hacer esas ventas. Mi abuelo era amigo de un juez y cuando alguien no pagaba les embargaban las tierras y las vendían. Mi abuelo compró dos trozos de fincas que se llamaban «Los Charcones» y nos dio una parte; su dueño era «Antonio Pacobaja», desde entonces nos la tenía jurada, cuando mi abuelo para poder pagar el trozo tuvo que pagar una hipoteca, ¡pero esto fue la muerte de mi padre!».

En julio de 1936 llegó el inicio de la sublevación como algo inesperado, Isabel comenta que en Torres no parecía que el hecho fuese a ser muy trascendente y se enteraron de la noticia por la radio: «Había una radio en la Casa del Pueblo y la ponían en la puerta para que todos la escucharan, así nos enteramos. A partir de entonces mucho se fueron voluntarios al frente».

El hecho fue inesperado y al menos en el pueblo, según Isabel, no se conocía aquel momento y todos los que tuvieron lugar anteriormente para desembocar ya en una realidad bélica: «No se esperaba aquello, vivíamos bien y aquello no se sabía».

Iniciado el conflicto tampoco eran conscientes de la gravedad y toda la complejidad que tendría, ni tampoco de sus consecuencias últimas. «Mi padre pensaba y nos decía, en cuanto esto acabe se llegará a un acuerdo de paz y los unos por los otros, no habrá represalias en ningún bando gane el que gane».

Isabel recuerda, aunque dice que era muy joven todos los acontecimientos que a partir de entonces se sucedieron. Hoy todavía le cuesta expresar todos sus sentimientos vividos, pero insiste una y otra vez que quiere hacerlo «para que se sepa»: «Mi madre en cambio era incapaz de contar todo esto, lo había vivido mucho más de cerca que yo y lo tenía muy adentro, muy adentro, le dolía tanto que no podría haber dicho nada de todo lo que pasó».

Durante los años de guerra su padre siguió siendo alcalde, y nuevamente destaca un hecho que influyó más tarde y que ella conserva de tal modo que aún es capaz de decir cada uno de los nombres de aquellos hombres que fueron partícipes de este acontecimiento:

«Mi padre era una bella persona, verás, el quería ser secretario y para eso fue a Madrid a examinarse; mientras, «los extremos» sacaron a los santos de las iglesias y los quemaron y mataron a cinco hombres del pueblo de derechas; los mataron en Albánchez y los trajeron arrastrando hasta el pueblo; eran todo venganzas personales, porque les tenían odio o porque habían trabajado con ellos de sirvientes.

La noche que mi padre volvía de Madrid con un compañero vieron en la carretera sangre y dijo mi padre: «Ya la han hecho».

Al día siguiente llegaron tres señoras llorando en busca de sus maridos y mi padre les dijo que si estaban vivos no tenían que temer que los traería al Ayuntamiento; como sería que detuvo a cuarenta de derechas y los encerró en el Ayuntamiento para evitar que les ocurriese otra cosa peor. Allí ya no murió nadie más y cuando salieron lo abrazaron porque los había salvado, pero ellos no salvaron o no pudieron salvar a mi padre».

No hay otros hechos destacables en estos años de guerra; Isabel quiere pasar enseguida a relatar lo que ella está deseando desde el comienzo de nuestra

entrevista, los años de postguerra, su vida y la de su familia en el momento en que «los nacionales gana la guerra y su familia, ellos todos republicanos son parte de los perdedores». Nada más finalizar la guerra mi padre le dijo a mi madre: «Qué mala cosa se nos va a presentar María, hemos perdido la guerra». Mi madre que no veía las cosas como él, le dijo: «¿Qué nos va a pasar?, no ocurrirá nada. Mi padre le respondió: «Tonta, que los de derechas no nos van a dejar vivir».

El día 29 de marzo, justo cuando Jaén fue tomada, detuvieron a su padre y el día 1 de abril estaba ya en la cárcel de Torres. Allí estuvo quince meses hasta que lo trasladaron a la prisión provincial de Jaén.

«La noche que lo detuvieron yo venía de hacer un mandao, eran las once de la noche y yo lo vi que la guardia civil lo había esposado. Me caí al suelo porque yo no podía llorar y de lo que me dio al verlo me mareé, yo se que el me vio; una vecina me cogió y me llevó a la casa».

Es a partir de este día cuando la memoria de Isabel se hace tan lúcida que revive cada momento que sucede hasta que su padre fue fusilado:

«Empezaron por darle palizas, hasta la piel se le quedaba pegada a la camisa. Abrían las puertas del Ayuntamiento para que se oyese como le pegaban. Diecinueve palizas le dieron que el lo escribió en un cuaderno. A mi madre las pusieron durante cincuenta días a barrer las calles y las casas de los señores.

Después no se metieron más con ella, que ya es algo porque a muchas vecinas las pelaron y las purgaron, dos de ellas se murieron».

Cuando llega a este punto del relato, Isabel se detiene y dice: «No vuelvo más a Torres, aunque se que quienes viven no tienen que ver con aquello pero no puedo, no soy capaz de seguir allí». Después continúa de nuevo:

«Al mes lo sacaron a declarar, y a mi me avisaron, entonces fui con una amiga hasta allí cerca para poder verle, hicimos como que bebíamos agua, pero se me acercó el inspector, «Chaquetas», y nos alcanzó y nos amenazó con la carabina, nos dijo que nos iba a dar cinco tiros. Yo no podía ni moverme del susto, hasta me oriné, en toda la noche me pude dormir del miedo que tenía. Otro día venía yo de la plaza con un niky rojo puesto y me dice Blas Alonso: niña haz el favor de quitarte ese abrigo que si no te voy a hacer que te lo comas. Me dio miedo y desde luego no me lo volví a poner porque a un vecino por llevar los calcetines rojos se los hicieron comer. Cuanto miedo, pero quiero contarlo aunque esté nerviosa para que se sepa».

También la casa al detener al padre la registraron entera:

«Nos quitaron todo lo que teníamos, la matanza, las nueces, las sábanas, la lana –me la había regalado mi abuelo para que la hilase-, los

libros, todo. Los libros los amontonaron todos sin separar los del colegio de otros, hicieron una lumbre y los quemaron delante de la casa. Hasta querían derribar una parte de la casa que habíamos hecho obra y decían que allí teníamos escondidos los proyectiles. Mi madre les dijo- No, los proyectiles los tenemos arriba. Empezaron a subir las escaleras y lo que había en ellas era calabazas, ¿qué proyectiles íbamos a tener? Pues querían derribar toda la obra para ver si los habíamos escondido dentro. El vecino que era de derechas y nos ayudó a hacer la obra, luego no se portó muy bien porque nos cobró dos veces las vigas que había comprado para hacer la casa. Durante diez o doce meses después de muerto mi padre seguía yendo el inspector con una mujer diciendo que mi padre había firmado un papel para que le diese ese dinero. Mi madre menos mal que no se calló, no era como yo, era más echá palante, y fue y se lo contó a un Guardia Civil, que era mejor que otros, y le dijo lo que le pasaba. El inspector cuando mi madre le dijo que no le daba más dinero porque era mentira y que se lo había dicho al guardia civil le dijo que –adonde se había metido para saber tanto-. Sin tener dinero para nosotros teníamos que darle a el para que se fuera de juergas y nosotros comiendo calabaza todos los días. Ya no volvió más».

De todos los recuerdos del encarcelamiento de su padre en el pueblo quiere destacar uno llamado «Cosino», de los que peor se portaron con él, y su novia, Elena Calatrava. Según cuenta Isabel, Elena se disfrazaba de hombre, se ponía bigote y junto con su novio le pegaban toda la noche con una caña y le metían trozos entre las uñas:

«Los falangistas nos mandaron que a dos soldados de Franco les lavásemos la ropa, claro sin cobrar, pues yo les decía que quería ver a mi padre; ellos no querían pero era para que no viese como estaba el pobre, -lo encontré echado en una silla, hinchao y con las piernas puestas encima de una caja de cómo tenía los pies. No se lo dije nunca a mi madre. Lo pasé fatal pero yo quería verlo. Pesaba unos 30 kilos de 89 kilos que era lo que pesaba antes. Esa mujer después ha estado muchos años enferma y mandó a Las Escuelas a su sobrina para que hablara con nosotros y que la perdonáramos; mi padre nos había dicho que perdonáramos a todo el mundo y perdonamos pero no podemos olvidar, eso no, sabíamos que era ella aunque estaba disfrazada. Mi padre escribía todo lo que le pasó en un cuaderno que conseguimos rescatar durante el traslado del pueblo a la prisión provincial».

Según lo que Isabel cuenta, la muerte de su padre se debe solamente a envidias del dueño de los «Charcones», ante de ser puestos en subasta era Antonio «Pacobaja», y nunca olvidó que mi abuelo comprara la parte que subastaron:

«El fue, quien aunque en el juicio le condenaron a muerte después le fue conmutada porque tenía avales que firmaron. Del pueblo lo trajeron a la cárcel de Jaén durante diez meses. Los vecinos que encerró para que no los matasen cuando empezó la guerra firmaron, bueno, de los cuarenta que salvó firmaron treinta y nueve, solamente uno de ellos no quiso firmar para que no lo mataran; a pesar de esto él estaba convencido de que no viviría, este hombre removió papeles y consiguió que lo trajesen de nuevo a la cárcel de Jaén después de estar diez meses en la de Burgos para que lo mataran. Cuando volvía de Burgos en el tren enviaba tarjetas diciendo lo que le estaba ocurriendo. En la última tarjeta que recibimos decía que fueran a verlo su mujer y su hija a Jaén para verlas por última vez».

Según cuentan otros compañeros la forma de hacer llegar las cartas y tarjetas era tirarlas desde el tren y alguien que las encontraba las echaba al correo. La última tarjeta de despedida les llegó por triplicado por correo.

«Mi madre iba andando ese día a Torres a regar la huerta desde Las Escuelas y al llegar se encontró con Catalina que le dijo:

—Ay, Ana Maria

¿Qué pasa?, le dijo mi madre

Le dio la última tarjeta que se había recibido y enseguida se puso en camino hacia Jaén con su cuñada para verlo, pero cuando llegó ya no estaba vivo, acababan de matarlo, había oído los disparos cuando venía porque estaban muy cerca. Lo mataron el 31 de julio de 1941 a las seis de la mañana. El cura le dio el tiro de gracia diciendo «un rojo menos», bueno eso era normal, a los que fusilaban quería confesarlos y les ponía el crucifijo en la boca. No quiso que lo mataran de espaldas sino de frente. Lo tiraron detrás del cementerio junto a los árboles. De allí lo recogió mi madre; tenía toda la cara levantada al haberle disparado de frente. Recogió parte de esos trozos en un pañuelo para guardarlos y le ató un pañuelo en el brazo para poder reconocerlo más tarde cuando fuese a por él. Todos los que fusilaban los amontonaban y por el pañuelo mi madre sabía quien era. Cuando fuimos por él nos dijeron que era un hombre que tenía que haber sufrido mucho porque aunque en apariencia estaba totalmente vestido y bien, decían que los huesos los tenía todos partidos de las torturas que había sufrido. También nos enseñaron el tiro de gracia. El quería que lo enterrásemos en Torres, pero, ¿para qué?».

A partir de este momento Isabel y su madre siguieron viviendo en Las Escuelas, su madre trabajando en el campo. A ellas no les ocurrió nada más «solamente que parecíamos tener una señal toda la vida y estábamos marcadas para siempre. Cómo se entendería antes lo de «rojos» que la madre de mi cuñada antes de la boda de mi hermano le hizo que se hiciera un análisis a ver como era la sangre, creía que éramos de otra distinta».

En este momento de la entrevista siempre procuro cambiar el tema y que comenten como conocieron a su marido, cómo se enamoraron, su viaje de novios, etc. Hasta ahora suelen sentirse más relajadas ya algunas comentan que «es lo único agradable que les pasó en su vida», pero no ocurre así con Isabel:

«Además de todo lo que tenía me tocó también eso; además fue porque me empecé. Tenía tres que me pretendían pero a mí me gustó este y tuve muy mala suerte. Era de Cambil y trabajaba allí en Las Escuelas cuando nos conocimos. Nadie quería que me casara con él, decían que «no me pintaba». Yo digo que es el destino, por eso no lo dejé, hasta que se murió. Nada más casarnos empezó a beber. Cuando estaba así me insultaba y me echaba a la calle y me tenía que ir. Tampoco era malo, Pero sí, alguna vez también me pegó y cuando me insultaba me decía que tenía que morirme como mi padre. Yo pienso que era mi sino. Está enterrado en Jimena. A mí que no me entierren con él. Ahora es cuando estoy bien».

Isabel a partir de morir su marido empezó a vivir con sus siete sobrinos/as y pasa temporadas en sus casas cambiando cada dos meses. Así termina nuestra charla:

«Estoy mejor que nunca, pero ahora me salen un montón de cosas de todo lo que he pasado y estoy vieja. Desde los nueve años sufriendo por culpa de Franco».



Isabel durante una de las faenas del campo



Isabel y su hermano



Isabel Burgos



Isabel en «Las Escuelas»

Celda 25 Carcel de Gairn

1940

Mi querida hija Isabel, Cuando recibas esta carta ya no me podras ver más, mis amigos que tanto me quisieron en vida, han conseguido sus propósitos, ya no podra nadie engañarte diciendo que no me quedaba nada, aunque no tenía las manos mandadas en ranque como ellos dicen con el fin de engañarnos como vovos, me las han mandado con la pluma y la tinta en el papel, y de esta forma conseguir sus maldados propósitos. Son de tal calidad mis peregrinaciones que nunca repararon en medios para saciar sus apetitos, de las mismas familias salieron los que vivían dependiendo de ranque de nuestras abuelas a nuestras padres y ahora nos tratan para mantener su dominio, siempre robaron explotaron a toda nuestra clase y por último nos asesinan sin piedad y luego se llaman cristianos. . . . A poco que estudiéis encontraran la verdad de todo cuanto te digo! Que lar-

Fragmento de la carta de despedida de Manuel a su hija Isabel antes de ser fusilado



Isabel Burgos, Noviembre 2006



D. Manuel Burgos Fuentes

Nacido en Torres (Jaén) el 28 de Febrero de 1895

Durante el servicio militar despertó su interés por la política y en el año 1.919 ingresaba en las filas del partido socialista, como consecuencia, fue concejal en esta localidad durante la I república y alcalde en la II república cargo que ostentaba en el momento de estallar la guerra civil Española (1936-1939).

Al acabar la guerra, fue detenido el 30 de Abril del año 1.939, después de estar más de dos largos años en la cárcel de Burgos, es conducido de nuevo a Jaén, para su fusilamiento el 30 de Julio de 1.941.

BIBLIOGRAFÍA

- ACKER, S. (1995): «Género y educación», Madrid, Narcea.
- ALCALDE, C. (1996): «Mujeres en el franquismo» Barcelona, Flor del Viento.
- AMORÓS, C. Y DE MIGUEL, A. (2005): «Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización», Madrid, Minerva.
- ASTELARRA, J. (2005): «Veinte años de políticas de igualdad», Madrid, Minerva.
- BALLARÍN, P. (2001): «La educación de las mujeres en la España contemporánea. Siglos XIX-XX» Madrid, Síntesis.
- CAMPOAMOR, C. (2001): «Mi pecado mortal. El voto femenino y yo», Sevilla, Instituto Andaluz de la Mujer.
- CAPEL, R. M^a. (2004): «Mujeres para la historia» Madrid, Abada Editores.
- CASO, A. (2006): «Las Olvidadas», Barcelona, Planeta.
- CORREA R. I. et al. (2000): «La mujer invisible» Huelva, Grupo Comunicar.
- DE CÓRDOBA ORTEGA, S (2006): «Todos los nombres de Jaén. Aproximación criminal del franquismo en la provincia de Jaén: 1936-1952», Jaén, Asociación para la recuperación de la Memoria Histórica de Jaén.
- DI FEBO, GIULIANA (1975): «Resistencia y Movimiento de mujeres en España», Madrid.
- FALCÓN, L. (1970): «Mujer y Sociedad», Madrid.
- GARRIDO, L. (1997): «Historia de Jaén», Instituto de estudios Giennenses.
- LÓPEZ-CABRALES, M^a M. (2000): «Palabras de mujeres: Escritoras españolas contemporáneas», Madrid, Narcea.
- MÉDA D. (2002): «El tiempo de las mujeres» Madrid, Narcea.
- MONTERO, R. (2004): «Historia de Celia», Barcelona, Octaedro.
- NASH, M. (2000): «Rojas, las mujeres republicanas en la Guerra Civil» Madrid, Grupo Santillana Ediciones.
- NASH, M. Y MARRE D. (2001): «Multiculturalismos y género: un estudio interdisciplinar» Barcelona, Edicions Bellaterra.
- RODRIGO, A. (2002): «Mujeres para la historia: La España silenciada del siglo XX» Barcelona, Ediciones Carena.
- RODRIGO, A. (2003): «Mujer y exilio 1939», Barcelona, Flor de Viento Ediciones.
- SÁNCHEZ TOSTADO, L.M.(2005): «Víctimas. Jaén en guerra(1936-1950)», Ayuntamiento de Jaén.
- SIMONIS, A. (2005): «Educar en la diversidad», Barcelona, Laertes.
- VV.AA. (2002): «Género y Educación: La escuela coeducativo» Barcelona, Graó.
- VV.AA. (2005): «III Congreso sobre el Republicanismo», Córdoba, Patronato «Niceto Alcalá-Zamora y Torres»